

TEMA 1. La novedad de ser padres: el deseo, la promesa y el don

“Señor del universo, si miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí y no olvidas a tu sierva, y concedes a tu sierva un retoño varón...” (I Sam 1, 11). En la oración de Ana en el templo reconocemos el deseo de toda esposa y esposo. “¿Por qué lloras? ¿No valgo yo para ti más que diez hijos?” (v.8) le decía su marido. Erró en el consuelo a su mujer, porque son amores distintos, como distintos son los lugares que ocupan en el corazón.

¿Qué tiene la paternidad y maternidad que se desea tanto?

La desean los esposos como una promesa que esconde su amor. Es la promesa de una novedad, de una plenitud, de un dilatarse de la vida, de un ensancharse del corazón. Si ya el matrimonio, suponía un llegar a ser “una sola carne” y resituar todo el universo afectivo y relacional, ahora, en la paternidad y maternidad, la carne vuelve a ofrecer novedad y sorpresa: el amor es capaz de generar una nueva vida.

Arrancad a los hijos de sus padres, como antaño hiciera Herodes: ¿qué queda de los padres? Ellos son sus hijos, su vida se prolonga en ellos, como savia de esperanza que pasa de las venas de unos a otros, y así saca lo mejor de los padres. Ellos son lo que engendran.

1) *Un nuevo comienzo: el acontecimiento del hijo*

Escondido, en la oscuridad y calor de la intimidad, allí tiene lugar el gran inicio: el hijo, alguien que está llamado a transformar la vida de sus propios padres.

Solo el cuerpo lo percibe. Y cuando avisa, obliga a resituar todo. Como alguien que viene de lejos y que va poco a poco avisando de su llegada, así el niño, en esos nueve meses permite a sus padres que se hagan a su novedad.

Y ya antes de nacer el hijo que viene se convierte en el centro de la familia. Es a la vez realidad y esperanza: una realidad que poco a poco va creciendo en el seno de la madre, que se va dejando ver en las ecografías, no sin emoción; un ser que ya se deja notar (“¡este niño va a ser futbolista!”), cuyo sexo ya podemos conocer, y cuyo corazón se oye palpar. Cuando se aguarda el nacimiento de un hijo, todo cambia y se ve invadido por una gran pregunta: ¿cómo será? Más aún: ¿quién llegará a ser? El deseo de ver al hijo invade a los futuros padres; las conversaciones entre ellos, que antes giraban sobre cuestiones diversas, tienen ahora un tema dominante. La mujer se priva de muchas cosas (medicinas, determinados alimentos) para no perjudicar al hijo que crece en su interior. Y el marido, antes un poco despistado, está ahora constantemente preocupado por su mujer.

Cuando por fin nace el hijo o la hija, empieza la novedad para los padres: una vida indefensa dependerá para todo de ellos y no sin ellos llegará a florecer. Quien engendra, cambia. Porque si un don les hizo pasar de ser hijos a esposos, ahora, otro don, les hace pasar de ser esposos a ser padres. En la una sola carne de su hijo, descubren su “una carne”, su nueva identidad de padres. Los hijos son el reclamo continuo del don que constituye a los padres.

Y empieza a tomar forma la gran esperanza: ¿qué será de este hijo? ¿Quién llegará a ser? Un hijo que nace es, en cierto modo, una nueva creación; de hecho se habla de “procrear”. Un hijo que nace es un auténtico *big bang*.

Algo así les pasó a Abraham y Sara. Cuando nació Isaac, el hijo de la promesa, dice la Escritura que tenían cien años Abraham y noventa Sara (Gn 17,17; 21,4). Pero en cierto modo su vida comenzó entonces. Y es que, como decíamos, un hijo te cambia la vida.

El hijo es un acontecimiento porque ante él no se puede permanecer como espectador: llama a ser acogido, abrazado e introducido en la vida. Y haciéndolo así, los padres inician nueva plenitud.

2) *El dinamismo: las etapas de la paternidad y su asunción paulatina*

Uno no es padre o madre y ya está. La paternidad no está dada toda desde el principio; el principio es eso: un inicio. El principio de un camino que hace grande y bella la vida, porque la llena paulatinamente.

Este camino tiene etapas que hay que recorrer. Y las etapas, pasos que las inauguran. Ya hemos hablado de la primera: acoger al hijo en el abrazo recíproco de amor es acogerlo cuando el cuerpo avisa de su presencia. Se abre así la etapa de la gestación, tiempo de la esperanza, que prepara la casa –la habitación del hijo– y, sobre todo, el corazón de los padres para acoger el don del hijo, por si mismo, como él sea y no como sus padres desearan que fuera. Niño o niña, con ojos azules o negros, con salud o enfermedad: “¡Es nuestro hijo y nos necesita!” Los sufrimientos que su nacimiento supone para la madre adquirirán un nuevo significado: “La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre” (Jn 16,21).

El primer abrazo al hijo es la confirmación de su existencia: “¡Qué bueno que tú existas. Te acompañaremos siempre y te abriremos el camino de la vida plena!”. Lo que importa no es el calor que nos da, sino el calor que le damos: porque le da vida y le abre un hogar. Y así comienza para los padres un verdadero noviciado. Sobre todo si es el primer hijo: todo les resulta nuevo, han de aprender el arte de la paternidad. Pero esta situación se repite con los hijos que viene después, ya que pese a la experiencia adquirida adaptarse a cada nueva criatura requiere un auténtico proceso “formativo”.

El camino de la paternidad acompaña después todas las etapas del hijo: la infancia, la adolescencia y juventud, la primera madurez... Para cada una de ellas el padre y la madre tienen una misión, una aportación decisiva y peculiar. No sólo crecen los hijos: también crecen los padres. Éstos van poco a poco asumiendo su misión; una misión cuya complejidad va presentando diversas formas y les va ayudando a madurar en la responsabilidad que asumieron al concebirles. Hasta que el hijo se convierte a su vez en esposo y abandona la casa paterna, para llegar a ser padre a su vez. Pero nunca deja de ser hijo, en su filiación madura encuentran sus padres el amigo que ha llenado su vida y les ha permitido asumir sus propias etapas de la vida.

El camino de la paternidad es el camino de la paciencia, ese arte que permite a los padres sembrar y aguardar; con la esperanza de que su trabajo, sus desvelos, incluso sus errores, darán fruto positivo en la vida de sus hijos.

3) La irrevocabilidad: padres para siempre

“Papá, ¿existe el “para siempre”? preguntaba el hijo a su padre. “Hijo mío, solo existe el para siempre”. Lo demás, lo que no es para siempre, no tiene densidad, ni peso, ni color.

En la irrevocabilidad radical de la paternidad y maternidad entendemos lo que es el “para siempre” que llena una vida, y sin el cual, la vida no se llena de ninguna manera.

Las relaciones en una empresa son revocables; en una familia sucede lo contrario. El matrimonio válidamente contraído es indisoluble. La paternidad y la filiación son irrevocables. Imposible revocar haber engendrado este hijo, absurdo renunciar a la condición de padre o de hijo. Un juez puede retirar la tutela, pero no la paternidad.

Los padres saben esto muy bien: lo son para siempre. De ello deriva su grandeza. Por eso, ser padre o madre significa hacer un acto inmenso de confianza: la promesa que su amor escondía era una auténtica promesa a pesar de que anunciaba también que la navegación atravesaría momentos difíciles, incluso difícilísimos. Y porque la promesa se la ha hecho Otro, confían en que engendran a un hijo no solo a la vida, sino que alcanzarán a engendrarlo a la vida buena, a la vida plena y bella, y que entrará en la vida de Dios. Ni sus propias limitaciones, ni los recovecos de la libertad del hijo, ni las circunstancias futuras que nos están veladas y que no controlamos, podrán apagar la gran esperanza que anima el corazón de un padre y de una madre. La esperanza de los padres permite afrontar las situaciones con una perspectiva cada vez más ceñida a la realidad. Y de esta manera, les permite entender con más claridad lo que hay en juego. Cuántas veces, por ejemplo, las crisis en el matrimonio adquieren una nueva luz pensando en los hijos, que así sin saberlo ayudan a la maduración del amor de los esposos.

De la irrevocabilidad con que se presenta el hecho de engendrar, inscrita en la naturaleza del hombre y la mujer pero ha de ser libremente asumida y puesta en práctica, deriva en buena medida la fecundidad de su misión paterna o materna. Los hijos saben que sus padres tienen límites y defectos; saben que pueden equivocarse... y que de hecho se equivocan. Pero saben sobre todo que *son sus padres*, y que los quieren como hijos. Y antes o después, éstos lo reconocen. Es la mejor herencia que les pueden dejar.

4) La promesa y la necesidad del voto

Cuando Ana, que sería la madre del profeta Samuel, fue al santuario de Silo para pedir desgarradoramente a Dios que le concediera un hijo, no lo hizo simplemente para satisfacer un deseo de maternidad: quería un hijo para poder ofrecerle a Dios lo que más quería. “E hizo este voto: «Señor del universo, si miras la aflicción de tu sierva y te acuerdas de mí y no olvidas a tu sierva, y concedes a tu sierva un retoño varón, lo ofreceré al Señor por todos los días de su vida, y la navaja no pasará por su cabeza»” (1 S 1,11).

El deseo del hijo puede llegar a convertirse en un Saturno que se devora a sus propios hijos, como bien pintó Goya. En el fondo, no sería más que el intento de proyectar en el propio hijo las propias promesas no realizadas.

No basta desear un hijo para que tener un hijo sea algo bueno. Es necesario purificar el deseo, y que este se centre en el hijo, sin querer imponerle el propio

camino. Es el voto al Creador, la promesa de ofrecérselo a Él, lo que libera a los padres del peligro de replegarse sobre sí mismos. Ana vivió así su maternidad, con la libertad de quien engendra un hijo para Dios. Es decir, para que sea él mismo, según el Señor haya dispuesto.

La paternidad que se busca a sí misma se autodestruye. Porque el misterio de la paternidad lleva a salir de sí y no a encerrarse en sí mismo, lleva a desbordarse; por eso un padre o madre dominantes, que agobian al hijo proyectando sobre él los propios sueños o anhelos, producen un efecto de rechazo, de consecuencias a veces incalculables.

Ana, mujer que experimentó el sufrimiento de la falta de hijos, no intenta ahora ver saciados sus propios proyectos en el pequeño que ha de nacer: lo ofrece a Dios, para que sea Su voluntad, y no el proyecto de sus padres, la que se cumpla en él. Para que el hijo sea él mismo.

Quien es padre o madre desea engendrar a la vida grande y bella a su propio hijo, aquella que le llena de plenitud, aquella que el Señor quiere darle.

5) Para concluir

Una vez preguntaron a Benedicto XVI: “¿Cuántos caminos hay para conocer a Dios?” Él, genialmente, respondió: “Tantos como seres humanos”. Sí, en efecto: cada hijo introduce en el mundo la verdadera novedad, porque en cada ser humano se revela de una forma nueva la imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,27). Esto nos permite comprender que la paternidad no es un experimento, sino una experiencia única que transforma a los padres e introduce constantemente en el mundo la verdadera novedad. Ante este don inmenso es tarea de los padres colaborar con humildad, confianza y audacia.

6) Concretando

1. ¿Qué promesa encierra la paternidad? El hijo, ¿ofrece una verdadera novedad a su vida?
2. ¿Por qué se dice que el hijo es un acontecimiento?
3. El tiempo que separa concebir un hijo, darse cuenta de haberle concebido y abrazarle tras darle a luz: ¿es largo o corto? ¿En qué manera están ya en el mismo concebirle?
4. ¿Qué prácticas pueden ayudar a los padres a ordenar su afecto y acoger a su hijo “por sí mismo”, y no porque sacie sus deseos?
5. ¿Qué cambiaría en la paternidad y maternidad si fuesen revocables?

7) Y ¿cómo puedo ampliar?

- Giuseppe Angelini, *Il figlio. Una benedizione, un compito*, Milano 1991.
- José Granados, “Abrazar desde lejos. Reflexiones sobre la paternidad”, en: http://www.humanitas.cl/web/index.php?option=com_content&view=article&id=1987&catid=212